Cap. 1 EL GRAN AMOR DEL SACAMUELAS

Como les sucede a todos los mortales, mi vida comenzó cuando un espermatozoide fecundó a un óvulo. El espermatozoide pertenecía a Pedro Borja de Guzmán, dentista de profesión, natural de Ontinyent, hijo único de Miguel Borja, un *bon vivant* que se arruinó jugando a las cartas, y de Paquita Guzmán Company, sobrina del arzobispo Company. El óvulo era propiedad de Ana Devesa Mestre, natural de Oliva e hija de don José Devesa, viudo, abogado y recaudador de contribuciones. Ana era la hija mayor de cinco hermanos y poseía una extraordinaria belleza. El chico había estudiado la carrera en Madrid trabajando, para poder pagarse los estudios, en la clínica del doctor Bernardino Landete, dentista de la familia real

Comenzó a ejercer su profesión yendo de pueblo en pueblo como los antiguos sacamuelas, pero en vez de viajar en una carreta, lo hacía en una moto de la Panzer Division sacando muelas y poniendo dentaduras postizas. Tenía consulta en Ontinyent, Aielo, Canals… y un buen día alquiló una habitación en casa de los Devesa para pasar consulta en Oliva. No tardó en surgir el amor y, tras un noviazgo rápido, Anita y Pedro se casaron como mandaba la santa madre iglesia y vinieron a vivir a Gandia.

Tras gozar los placeres del amor, a los nueve meses exactos, el 13 de marzo de 1935, me presenté yo. Pero, curiosamente, en ese momento mi madre no estaba en casa. Había ido a la peluquería de Carmeta a hacerse la permanente porque era muy presumida y deseaba estar guapa para dar a luz.

Al salir de la peluquería, se encontró con una amiga de Oliva que le soltó de buenas a primeras:

- Anita, què guapa el vec! Per què no aprofites i vas a fer-te la foto per a la làpida?

A mi madre casi le da un soponcio y llegó a casa muy muy nerviosa. Se tomó una tila y una cucharadita de agua de azahar, me dio el pecho por primera vez y se durmió.

Mi madre, como su hermana Amparo, tenía pánico a las tormentas. Todavía la recuerdo muerta de miedo, musitando esta oración:

"L'espirit sant no pot dormir, perquè veu eixos tres núvols, un de pedra, un de foc i un de la mala ventura, que no em faça mal a mí i a ninguna criatura", mientras, mi padre para tranquilizarla, le decía que los truenos eran los pedos que se tiraban los ángeles.

A la hora de bautizarme, mi madre quiso que fuera en la pila bautismal de san Francisco de Borja porque, según la leyenda, los allí bautizados no podían morir a causa del rayo. Cuando el cura retiró la tapa de madera que cubría la pila de agua bendita, apareció un ratoncito muerto flotando en el agua. Mis tías Amparo, Luisa y María no pudieron evitar un grito de espanto y mi madre se negó a que me bautizaran con aquella agua. Entonces mi padre, hombre de grandes ideas, sacó el sifón que siempre llevaba en el bolsillo, por si sus clientes necesitaban enjuagarse, y se lo entregó al cura para que me bautizara. El cura lo bendijo y fue tal la presión del chorro sobre mi frágil cabecita, que mis neuronas se multiplicaron convirtiéndome en un niño con poderes supranormales, especialmente en memoria, discernimiento y voluntad.

Vivíamos en la calle san Francisco de Borja, antiguamente llamada *Vilanova del Trapig* por los muchos trapiches donde se molturaba la caña de azúcar. Mientras la ciudad estuvo amurallada, la calle se cerraba a la altura del actual Paseo, por la puerta de san Bernardo o de La Sopa. Las casas eran grandes, señoriales y solariegas. Muchas de ellas, con grandes jardines que llegaban hasta la calle de san Rafael, ostentaban en la fachada el escudo de armas que pregonaba la historia heráldica de los Abargues, el marqués de Jura Real, Morant Roda, descendiente del vizconde irlandés de William O'Morant…

Durante mis años de zangolotino no existían comercios en las plantas bajas. Esta ha sido siempre calle muy principal por donde desfila toda suerte de cabalgatas y procesiones.

En aquel año 1935, la última que desfiló fue la del Corpus. Era alcalde de Gandia don Vicente Palmer Ripoll, que inició las obras del alcantarillado y del actual grupo escolar san Francisco de Borja. Me contaba su hijo, Vicente Palmer Terrades, que cuando estalló la guerra incivil, se presentaron en su despacho del Ayuntamiento cuatro sindicalistas del Grau con escopetas y le invitaron “gentilmente” a que abandonara de inmediato el sillón para que se sentara Marcelí Pérez Martí.

José Miguel Borja
borja@jmborja.com

Cap.2: LA MALA GUERRA Y LA BUENA LECHE

Milicianos a la puerta de la Colegiata

Salvadora, mi ama de leche

La vida transcurría con relativa normalidad hasta que, el 18 de julio de 1936 ¡PUM! estalló la Guerra Incivil y lo primero que hicieron los nuevos mandatarios fue recurrir a la “memoria histórica”. La calle Duque Carlos pasó a llamarse calle de Rusia, y la de san Francisco de Borja, calle de los Trabajadores. Con la guerra aparecieron los cuatro jinetes del Apocalipsis y una inmensa locura se apoderó de España llenándola de odio, sangre y destrucción.

A media mañana del 2 de agosto, Rafa Martínez entró en la clínica de mi padre y le gritó:- *Don Pedro estan cremant la Seu!* Mi padre, ocupado en extraer la raíz de un molar inferior, creyendo que era una broma le contestó: - *Pues no t´acostes per allí perquè a lo millor et cremen a tu també.*

Pero el muchacho no le hizo caso y, al llegar frente a la Puerta de los Apóstoles, se encontró con cinco milicianos armados, revestidos con casullas

que, ante su gesto de pánico le dijeron: - *No tingues por. Entra, entra i voràs la falla.*

En el interior, varios individuos prendían fuego a los altares laterales convirtiendo a los santos en ninots de falla. Mientras, en el altar mayor, un individuo –seguramente ilustrado-, intentaba desmontar las tablas del retablo de Pablo de San Leocadio. En aquel momento, entró por la puerta de la sacristía un hombre armado y le ordenó dejar lo que tenía entre manos. En la discusión, las voces subieron de tono y sonaron disparos. Todavía hoy la gente se pregunta si las pinturas acabaron siendo pasto de las llamas o fueron robadas.

Por la tarde, una caterva de individuos medio borrachos, vestidos con capisayos y capas pluviales portando cálices y candelabros, procesionaban montados en un carro por la calle Mayor. Pocos días después, otro grupo de sectarios descerebrados llegó a la iglesia del convento de san Roque, sacaron el cuerpo incorrupto del beato Andrés Hibernón y le prendieron fuego.

Pronto comenzaron los célebres “paseos”. Entre las personas asesinadas hubo dos monjas veladoras de enfermos, una de ellas la tía-abuela de mi amigo Suso Monrabal, el médico don José Melis y el farmacéutico Ignacio Martínez. En total, fueron 51 personas. Curiosamente, el mismo número que mataron los nacionales al terminar la guerra. ¡Siniestro empate entre la izquierda y la derecha!

Todos estos terribles sucesos hicieron que a mi madre se le retirara la leche y, antes de dormirme, le pedí al “Jesusito de mi vida” que me trajera un ama de leche como aquellas tan saludables que dibujaba Tono en La Codorniz.

Al día siguiente se hizo el milagro y llegó, desde Vergel, Salvadora González que me crió como un hijo suyo. Nunca podré olvidar su sonrisa encantadora, su bondad y el cariño con que me trató. Salvadora era una mujer dulce por naturaleza, desde su leche nutricia hasta la manera de cogerme y acariciarme. Recuerdo que me llamaba *la meua perleta* y, tomándome los dedos de la mano, me decía: - *Este és el pare, esta és la mare, este demana*

pa, este diu que no n'hi ha, i este diu: gorrinet xinxet, darrere de la porta n'hi ha un troçet.

Algunos días se oía el ruido de los aviones que se acercaban al puerto para bombardearlo. Les llamaban "pavas", seguramente porque sus bombas parecían los huevos que ponía una pava. Más de una vez, alguna de aquellas bombas cayó en Gandia y mis padres decidieron que fuéramos a pasar unos días a Palma de Gandia a la casa del señor Olaso, situada en un rincón de la plaza del pueblo. Durante el día, yo me quedaba bajo el cuidado de mi ama jugando con Salvadorín, el hijo del señor Olaso. Corríamos detrás de una pelota, subíamos a las rejas o acariciábamos a las cabras mientras la lechera las ordeñaba. De todas estas aventuras queda constancia en una película de 9,5 milímetros filmada por mi padre con una Pathe-Baby. Por las noches, extendía una sábana sobre la reja y proyectaba películas mudas de Buster Keaton, Charlot y Stan Lauren y Oliver Hardy, logrando el milagro de una sonrisa en tiempos de guerra.

Mis padres iban todos los días, a pie o en tartana, hasta Gandia y tras pasar consulta en el hospital de sangre situado en el convento de las Esclavas, acudían a la clínica para atender a sus pacientes. En aquellos tiempos en que hasta el ayuntamiento tuvo que emitir moneda, mucha gente solía pagar en especies. Un pollo por sacar una muela. Un litro de aceite por un empaste. Un saco de harina por una dentadura postiza. El que no tenía nada no pagaba y se despedía de mis padres con un: *Deu que li ho pague.*

21-09-2017 José Miguel Borja

Cap. 3: DESCUBRIENDO LA CIUDAD

Al volver a Gandia, después de la estancia en Palma, iba a todas partes en compañía de Salvadora y, poco a poco, fui descubriendo la ciudad y sus personajes. El primer lugar que recuerdo es el mercado donde reinaba una algarabía de compradores y vendedores, mezclada con los olores y colores de la carne, el pescado, las verduras… No faltaban tampoco mendigos lisiados por la guerra y Paco María, alto y sonriente, con su boina y su delantal gris chupando una naranja. También había un guardia municipal de enormes bigotes y mirada vigilante. Y por todos los sitios, esperando un desperdicio, perros, gatos, y moscas, muchas moscas, muchísimas moscas.

Pocos días después descubrí el horno de la señora Rosario y, aunque en aquellos tiempos se pasaba hambre en muchas casas, no cesaba el trasiego de las mujeres llevando el pan de maíz amasado en casa, las cazuelas de arroz con poca carne, las calabazas partidas por la mitad, las cazuelas de *tonyina de sorra*. El horno era un mundo de mujeres donde el único hombre era el hornero que manejaba con destreza las larguísimas palas. Y cada vez que se abría la boca del horno, me

envolvía una vaharada de calor y contemplaba atemorizado la fantasmagoría del fuego casi blanco.

- *Mira, mira xiquet, això és l´infern*- me decía el sudoroso hornero introduciendo una cazuela con un cerdito abierto en canal. Entonces, la señora Rosario para tranquilizarme me daba un rollito de anís. Su marido, Francisco Julio, apuesto y seductor, fue un personaje de novela. Curiosamente, cuando acabó la guerra incivil, se rompió la felicidad de la pareja porque el joven Francisco había sido alcalde de Gandia y, ante la inminente entrada de las tropas nacionales, tuvo la certeza de que su vida corría peligro. Afortunadamente, su amigo Valeriano Grau le informó que en su hotel estaba el general Casado con su familia esperando para embarcar en El Galatea, un barco de guerra inglés. Francisco decidió marchar hacia el puerto y, otra vez, volvió a sonreírle la suerte porque su amigo, el cónsul francés don Mauricio Lombard, al que pocos meses antes le había solucionado una huelga en la fábrica de Almoines, era el encargado de tramitar el embarque del militar republicano y, en cuanto vio al exalcalde, se las ingenió para que embarcara y pudiera abandonar España.

Aquí en Gandia, Rosario, con los niños todavía pequeños y la ayuda de su suegra, tomó las riendas del horno y, como una joven madre coraje sacó adelante el negocio familiar.

El 1 de abril de 1939 finalizada la maldita guerra incivil, Ramón Sancho Sorita fue nombrado alcalde y los falangistas volvieron a vestir su uniforme, camisa azul con el yugo y las flechas bordadas en rojo y sacaron en procesión a la Virgen de los Desamparados que recorrió las calles de Gandia bajo una lluvia de pétalos de rosas y una curiosa mezcla de gritos políticos y religiosos como: Visca la mare de Déu! ¡Viva Franco! ¡Arriba España! Visca la Geperudeta! Y alguien, my osado gritó: Visca el geperut de Franco!

Como era de esperar comenzaron las represalias y, entre otros, los padres de mis amigas Pilar y Sara, con 49 personas más, fueron fusiladas

por los azules, llegando así a los 51, los mismos que mataron los rojos al empezar la guerra.

Pasé mi tierna infancia inmerso en la locura de la guerra oyendo el rugido de los aviones y el ruido de las bombas que, según mi padre, eran los pedos que se tiraban los militares y los políticos de derechas e izquierdas. Por todo esto, cuando acabó aquella locura, quedé completamente inmunizado contra los peligrosos efectos, tanto de la derecha como de la izquierda, porque además, la ideología no da la felicidad.

Mis padres se sentían tan felices de haber sobrevivido a la "cruzada" que decidieron llevarme al estudio del fotógrafo Pedro Laporta para inmortalizar mi cuarto cumpleaños. El resultado fue una magnífica foto titulada "Terceto familiar", premiada por la casa Kodak y expuesta en las galerías Lafayette de París. Yo estaba tan guapo en la foto que pensé que me lloverían los contratos para hacer anuncios. Pero sólo mi madre recibió una oferta de una famosa firma de París para unas fotos publicitarias de ropa interior. Y fue entonces cuando mi padre pronunció aquella frase memorable digna de Calderón de la Barca.

- El honor de los Borja no se paga con dinero.

Yo pensé que mi padre exageraba, pero dada mi edad no quise entrar en discusiones, porque, además ya tenía la certeza de que discutir no sirve para nada.

José Miguel Borja

borja@jmborja.com

Cap. 4: LA TABERNA DE PELLICER Y EL TEATRO

La taberna de Pellicer abría sus dos puertas en la esquina de Arzobispo Palau con Duque Carlos. Se bajaban dos escalones y, de pronto, te envolvían los aromas del vino mezclados con un ligero toque dulzón de la cazalla.

- *A soles per l'oloreta, val la pena vindre açí*- decía un viejo ferroviario que pasaba el día probando las delicias de la casa: el herbero, el *canari*, la catalana, el vermut tocado con Amer Picón, el Fernet Branca, creado en Milán en 1845 por el boticario Bernardino Branca, el Pastís de origen francés y la absenta La Loca que se bebía de un solo trago para matar el gusanillo.

Entrando por Duque Carlos, el mostrador de mármol blanco estaba a la derecha y, en la pared, sobresalía una máquina fantástica de brillantes cromados, ruedas, manivelas, palancas y un manómetro. Parecía un invento del profesor Franz de Copenhague, célebre personaje del TBO, para fabricar las burbujas del agua de Seltz. Al fondo a la izquierda, tres enormes barricas de roble americano contenían el vino. En el centro, cuatro escalones daban acceso a la vivienda y en la parte derecha, bajando un escalón, estaba la cocina donde la señora Pura, la mujer del señor Pepe, freía longanizas, morcillas, sardinas de bota y preparaba una riquísima tortilla de patatas para los asiduos al *esmorzaret*. Destacaba entre todos el señor Joaquín Gonga, eminente director y actor de teatro, que sentaba cátedra en la taberna rodeado de un grupo de falleros muy aficionados al teatro, como Ximo Roig, Paco Cardona, Ramón Sanz, Enrique Gracia… El señor Gonga se transmutaba fácilmente en cualquier personaje; se convertía en cura para predicar *Candeleta Tabernácula Tua* o *Sermó de*

les cadiretes, o en caballero medieval para recitar un fragmento de Ausiàs March. También interpretaba, con gran naturalidad, escenas de *Nelo Bacora* o de *El Virgo de Visanteta*, incluso cantaba zarzuela como le vemos en esta fotografía interpretando al coronel de *El tambor de Granaderos* del maestro Ruperto Chapí. A principios de los años 20, marchó a Estados Unidos becado por la Fundación Maricón Avargues para estudiar en el *Actors Studio* de Nueva York, donde, bajo la dirección de Elia Kazan aprendió el método Stanislavski. Cuando regresó a Gandia, el alcalde don Joaquín Ballester lo nombró director del Teatro Principal, situado donde hoy se alza el edificio del Centro de Higiene. Figura clave de aquel primer teatro que hubo en Gandia, era entonces don Gabriel Sanchiz, abuelo de mi amiga María Pilar Carreras, polifacético personaje adelantado a su tiempo, escritor, músico y animador cultural de una Gandia que empezaba a vivir los felices años 20.

Finalizada la guerra incivil, Joaquín Gonga siguió en los teatros de Acción Católica y en el Serrano y, junto con el célebre escritor Ligorio Ferrer, se convirtieron en las piedras angulares del teatro del mundo fallero.

Uno de los clientes más distinguidos de la taberna era el óptico Pascual, un venerable anciano de barba blanca que llegaba puntualmente a mediodía para tomar su copita de absenta nublada con unas gotas de agua. Llevaba un jilguero sobre el hombro y un día, mientras Salvadora recogía las botellas de vino y agua de Selz, que no podían faltar en nuestra mesa a la hora de comer, el pajarito voló hacia mí posándose en mi mano para que lo acariciara. Entonces yo, mirándole fijamente a los ojos, le dije: “Pajarito, pajarito, aunque eres muy bonito, a mí me gustas más frito”. El jilguero se puso a llorar y los clientes de la taberna aplaudieron emocionados. El señor Gonga, puesto en pie, engoló la voz y sentenció: *Este xiquet té màgia. Aplegarà lluny.*

Y no le faltó razón, porque gracias a él, unos meses más tarde cuando estrenó en el teatro Serrano el drama de Molière *El Rey decapitado,* me escogió a mí para interpretar al rey Luis XVI en sus primeros años. Confieso que fue una experiencia extraordinaria y cuando en el ensayo me vi con el traje, el bastón y la peluca, me sentí un auténtico príncipe de la escena y, por si fuera poco, las mujeres no dejaban de besarme.

El estreno fue un éxito apoteósico. Pero, desgraciadamente, la obra se prohibió al día siguiente porque en la escena final cuando al señor Gonga, que interpretaba magistralmente al rey Luis XVI, le cortan la cabeza en la guillotina, alguien del público gritó: ¡Viva la República!

Cap.5: COLEGIO CARMELITAS

Durante el primer año de postguerra 1940, las manos de casi todos los españoles estaban llenas de sabañones y muchos se aliviaban el dolor meándose en ellos. El interior de las casas era frío y húmedo. La luz eléctrica, mortecina y fluctuante, se cortaba constantemente y nos alumbrábamos con velas y quinqués de petróleo que, distribuidos por las habitaciones, creaban un ambiente tristón y misterioso. Al anochecer, las casas olían a col y repollo porque en casi todas cenábamos verduras hervidas- un *bullidet*- y, para que no cayeran moscas en el plato, colgábamos del techo una tira de papel adhesivo donde se quedaban pegados los asquerosos dípteros. Cenábamos en la mesa camilla y se echaba una “firma” en el brasero para que el calorcito ayudara a reponernos del frío que llevábamos metido en los huesos. En casos extremos, antes de acostarnos nos ponían una bolsa de agua caliente.

Para reducir el importe del recibo de la luz, al anochecer, con la ayuda de unas pinzas de ropa y unos cables, se preparaba un artilugio para puentear el contador y lograr que no marcara durante la noche.

El primer tebeo que apareció muy politizado, moralizante y patriótico, se llamaba “Flechas y Pelayos”. Pero, afortunadamente, poco tiempo después aparecieron *Pulgarcito* y el TBO con las aventuras de la familia Ulises, los hermanos Zipi y Zape, y las peripatéticas hermanas Gilda. Otros tebeos fueron los de Hipo, Monito y Fifi. Luego vinieron los de Roberto Alcázar y Pedrín, el Guerrero del Antifaz y los de Juan Centella que se parecía mucho a mi tío Paco Girau.

Las devociones religiosas estaban presentes en muchos hogares. Detrás de la puerta de la casa, se colocaba una placa de hojalata con la imagen del Corazón de Jesús y la leyenda “Dios bendiga cada rincón de esta casa”. En el comedor no podía faltar un cuadro de la Última Cena. Además, se bendecía la mesa y se rezaba el rosario, y mucha gente llevaba el escapulario de la Virgen del Carmen que te libraba de ir al infierno si morías en pecado mortal. Recuerdo que la tía Asunsioneta, cuñada del señor Zacarés, el encargado de las aguas potables que fundó el Preventorio, nos traía a casa una pequeña caja de madera en forma de capillita con la imagen de la Virgen. Pegada a la puerta de la caja figuraba la lista con el nombre de la familia que, cada semana, debía recibir la imagen.

El final de la guerra se celebraba con adhesiones inquebrantables al Movimiento, pero mis padres debieron adherirse a otro movimiento más lúdico porque, en 1940, nació mi hermano Pedro. Al principio me molestó que todas las atenciones se las llevara el recién nacido, pero al comprobar que era un pequeño renacuajo que lloraba constantemente y no poseía ninguno de mis poderes paranormales, me sentí feliz y decidí que era llegado el momento de ingresar en el colegio de las Carmelitas, fundado en 1876, para ampliar mis conocimientos. Llegué con mi delantal a rayas y una cestita para el almuerzo parecida a la de Caperucita Roja. Recuerdo la palmera del deslunado con las paredes cubiertas de azulejos, el estanque redondo del patio iluminado por los peces rojos y sobre todo las tres figuras emblemáticas que, como cariátides, llevaban sobre sus hombros el peso del colegio. La hermana Rosario, de dulce sonrisa y ojos azules, se ocupaba de los más pequeños. La hermana Carmen, morena, seria y menuda, tenía sobre su mesa un acerico en forma de corazón,

que decía ser el del niño Jesús, y nos obligaba a clavarle una aguja cada vez que nos portábamos mal, especialmente cuando cazábamos moscas y las ahogábamos en el tintero. La hermana Rita, de mayor envergadura que las otras dos, atendía a los alumnos gratuitos que, para marcar las diferencias, entraban por una puerta distinta a los de pago. Aunque parezca mentira, por esta puerta trasera entraban también las hijas e hijos de los rojos.

Como le ocurría a Proust con su magdalena, todavía conservo aquella cestita donde guardo el recuerdo de todos los compañeros que aparecen en esta fotografía. Entre otros: Ángel Deltoro, Ángel Gasque, Roberto Gómez, Juan Rincón, Pepito Doménech, Andrés Escrivá, Constantino Navarro, Francisco Vicedo, Pepito Sendra, Rafael Ripoll, Paco Benavent, Rafael Fayos, Paco Denia, José Manuel Bou, Ricardo Román, Blas Vita, Pedro Laporta, Rafael Bordes, Ignacio Martínez, Pepe Canet y Paco Peiró.

José Miguel Borja

Cap. 6: LA PRIMERA COMUNIÓN

Aunque nací con uso de razón, tuve que esperar hasta los siete años en 1942, siendo alcalde de Gandia el doctor Jesús Fuster, padre de mi amiga Mari Juli, para tomar la Primera Comunión. Recibir por primera vez el cuerpo de Cristo era una de las ceremonias más importantes y las familias hacían todo lo posible para que al comulgante no le faltara nada. Las niñas vestían de princesas y los niños de marineritos o de príncipes de opereta. Aunque yo quise vestirme de bombero con el casco, el traje ignífugo y la manguera, no logré convencer a mi madre y acabé vestido de marinero con pantalón largo, gorra y silbato y, en la mano, el misalito de tapas de nácar y un rosario de auténticos dientes, porque en la sección de discos dedicados de Radio Gandia estaba de moda una canción de Juanito Valderrama que decía “Me voy a hacer un rosario con tus dientes de marfil, para que pueda besarlo cuando esté lejos de ti”. Y como mi padre era dentista, quiso que su hijo luciera un rosario como el de la famosa canción.

Comulgué junto a Anitín Ferragut en la capilla de las monjas del Beato, de manos del padre Enrique Icardo, gran amigo de mi padre y provincial de los Camilos, una antigua orden hospitalaria fundada en 1582 por Camilo de Lelis,

médico y sacerdote italiano. No podía faltar la foto de comunión y, antes de que me manchara el traje, me llevaron al estudio del fotógrafo Ibáñez, y fue tal la impresión que me causó el destello del magnesio, congelando en una placa de cristal el día más feliz de mi vida, que decidí abrazar la fotografía. Pero esta apasionante vocación, no se hizo realidad hasta los 13 años cuando tuve mi primera cámara fotográfica.

Después de desayunar bizcochos de lengua de gato con chocolate, mi madre me llevó a visitar a doña Rafaela Rignon, una elegante y simpática señora, viuda del doctor don José Melis Morell, al que un grupo de sectarios asesinó el 23 de agosto de 1936. Doña Rafaela me regaló una caja de bombones y todos sus hijos, Elvira, Carlos, Isabel, Pepe, Maruja y Rafaela me besuquearon y, mientras doña Rafaela y mi madre tomaban el té, me llevaron casi en volandas, como en un cuento de hadas, a un mágico desván donde parecía flotar polvo de oro en el aire. Se disfrazaron con ropas antiguas que sacaron de un gran armario de luna y en un gramófono de bocina la *Voz de su Amo*, Isabel puso *La Sinfonía de los juguetes* de Leopold Mozart. Todos comenzaron a bailar a mi alrededor mientras en un estereoscopio de caoba, Pepe introducía bellísimas postales para poder verlas en relieve como si cobraran vida y se salieran de aquel extraño aparato.

– No le pongas chicas desnudas, que acaba de comulgar –le advirtió Maruja.

También había una calavera a la que llamaban el abuelito Fermín en recuerdo de su abuelo el doctor Fermín Melis que, según me contó Carlos, fue condecorado con la Gran Cruz de Sanidad por su abnegada labor durante la epidemia de cólera morbo que asoló Beniopa en 1884.

La Casa de la Torreta, construida alrededor de uno de los torreones de la antigua muralla de la calle Duque Carlos, fue para mí una torre llena de encanto; no sólo por lo que en ella se guardaba, sino principalmente por sus moradores, los Melis, unos personajes de película. Desde doña Rafaela, que bien podría haber encarnado a la encantadora viejecita de *El quinteto de la*

muerte, hasta todos sus hijos, guapos, simpáticos, con un encanto especial, dignos de protagonizar cualquier película de Frank Capra o de Billy Wilder.

Han pasado 75 años de la primera vez que visité la Torreta. Los recuerdos permanecen indelebles desde Rafaelita, la hermana pequeña que fue mi amor platónico, hasta Isabel, la de la mirada dulce, madre de mi amigo Toni Durá, pero sobre todo recuerdo a Pepe que me contagió el amor por la buena vida. Si tuviera que elegir al protagonista de la película de los Melis, sería él, Pepe Melis. Un médico simpático, extrovertido y generoso, que tenía entre sus pacientes, desde las marquesas de González de Quirós, hasta el más modesto pescador del Grao. Y para un bonito final de la película, nada mejor que su boda con Leyla, una bellísima italiana que parecía salida de los estudios romanos de Cineccità.

José Miguel Borja

Cap. 7: A JUGAR A LA CALLE

Pie de foto. Parque de bomberos (1955). De pie Antonio Enguix, José Galiana, Ambrosio (concejal), Manuel Ibáñez “El Kaiser”, su hijo Alfredo Ibáñez, Pascual

Gavilá. Sobre el vehículo: Juaquinito Enguix y Alfredito Ibáñez, Joan Bisquert, Francisco Moncho, Vicente Almiñana…

El lugar donde más tiempo pasábamos jugando libres y felices, era la calle llena de sol. Circulaban pocos coches y abundaban carros, burros y bicicletas Orbea. Desfilaba una caterva de gente anunciando, a voz en grito, sus mercancías. Las *peixcateres* del Grau gritaban: Dones. G*amba i peixet de l´artó!* El *terretero* vendía *terreta* para fregar los cacharros de la cocina. El señor Bordes, con su carrito, ofrecía barras de hielo. Un gitano de verde luna pregonaba: ¡Se arreglan cazuelas, *peroles*, paraguas…! Un hombre con sombrero de paja, blusa negra y alpargatas de careta, tirando del ronzal de su burro, gritaba: *Arrop i tallaetes!* También se oía: *Ambogar cadires*! para reparar los asientos de las sillas de enea. El afilador de cuchillos, navajas y tijeras, gallego de nación, se anunciaba con su característico silbato.

Algunas veces al toque de una campanilla, cesaba el ruido de la calle; todo se detenía y pasaba un cura acompañado de un monaguillo llevando el viático y los santos óleos para un moribundo.

Aunque eran tiempos de escasez y había pocos juguetes, no nos faltaba imaginación para jugar. Con una pala de madera y un pequeño palito, jugábamos al *pic i pala*. Con bolas de barro, de cristal o de acero jugábamos al *colau i a peñeta.* Los bufos eran los cartones de las cajitas de cerillas. *A les potes* jugábamos con pequeñas monedas dándoles con un antiguo duro de la *mà al cul*. También jugábamos a *a la quit, a tres en raya, a fava monta i calla, a levanto la piedra, a terreno, a tú la llevas, a tocaeta pagaeta…* Pero la lucha con espadas de madera era uno de los juegos preferidos para sentirnos como héroes de las películas de espadachines.

Las tardes que hacíamos *focha* íbamos a jugar al cauce del río. Cortábamos las cañas y preparábamos canutos, a modo de cerbatanas, para nuestras pequeñas guerras. Luego nos acercábamos a la vía del tren y, desde bajo del puente, observábamos cómo la máquina soltaba chispas y escoria que llamábamos *cagaferro* y recogíamos para hacer las montañas del belén. La palabra *cagaferro* le servía a Ximo Mora, muy aficionado a los refranes, para decir: *Menja fort, caga fort i no tingues por a la mort.* Andábamos por las vías con los brazos extendidos, cual funambulitas de un circo imaginario y, para

demostrar que no teníamos miedo a la muerte, pegábamos el oído al rail para oír la llegada del tren y demostrar quién aguantaba más sin levantar la cabeza de la vía.

En los meses de calor, el coche de los bomberos, un precioso Hispano-Suiza de color rojo conducido por Pepito Cháfer, regaba las calles más importantes y una de nuestras diversiones era correr a su lado intentando esquivar el chorro de agua que salía de sus laterales. Las calles más recoletas donde no llegaba el autocuba las regaban los vecinos y en los charcos que se formaban aparecían los *parotets* rojos y amarillos. Cuando dejaban de volar nos acercábamos para cogerlos, pero casi siempre había alguien que gritaba: *Fuig, fuig, parotet que t´agarren del rabet*. Si cogíamos alguno, tirando de sus alas, le separábamos el cuerpo y era exactamente igual al atún en conserva. Había otros *parotets* grandes llamados *parots o mares* con una espléndida cabeza verdiazulada y brillante parecida una piedra preciosa. Otro entretenimiento era la cría de gusanos de seda que guardábamos en cajas de zapatos y alimentábamos con hojas de morera para vender los capullos en la fábrica de la seda de la Vila Nova que regentaba don Mario Colombo.

Nuestro rito iniciático en la sexualidad fue muy sencillo. En la intimidad de un huerto, sentados en círculo, sacábamos un metro de cinta amarilla de esos que usan las modistas y se lanzaba el reto: ¡A ver quién tiene la pilila más larga! Mientras nos desabrochábamos para la medición, uno añadía: ¡Mustia no vale, tiene que estar tiesa!

Cuando lográbamos que se pusiera tiesa, las medíamos y todas solían tener un tamaño parecido, excepto la de ZXJ, que la tenía el doble de larga. Todos le envidiábamos sin pensar que, al hacerse mayor, le aumentaría de tamaño y su vida se convertiría en un infierno. El padre Guim, su director espiritual, le aconsejó operarse pero el miembro le siguió creciendo y al final tuvo que hacerse pastor de vacas para solucionar su problema.

borja@jmborja.com

Cap. 8: LAS ESCUELAS PÍAS

Pie de foto: Antonio Sendra, Vicente Ribes y otros amigos mostrando las edades del pantalón.

Por cuestiones de edad, muy a mi pesar, tuve que abandonar, aquel dulce gineceo de niñas encantadoras con olor a Heno de Pravia que era el colegio de las Carmelitas.

Pasé a las Escuelas de Palacio, dirigidas por los jesuitas, con un inconfundible olor a mandarina, para preparar el temido examen de ingreso que, junto a Pepe Canet, Alberto Muñoz, Ignacio Martínez, Paco y Ximo Mora, Emiliano Moncho y Julián Planes, realicé en el instituto Luis Vives de Valencia. Aprobamos todos y, tras estudiar el primer curso de bachiller en el mismo Palacio, pasamos a las Escuelas Pías. Corría el año 1946. La ONU condenaba al gobierno de Franco y se retiraban muchos embajadores. Para tranquilizar al personal aparecieron las quinielas y el fútbol se convirtió en el deporte

nacional. Como colofón Franco recibió de los falleros el *Bunyol de Brillants*. Mientras tanto, en Francia, Louis Reard inventaba el bikini, un bañador de dos piezas que en España e Italia estuvo prohibido durante años.

Cuando llegué por primera vez a las Escuelas Pías me encontré con un antiguo y curioso edificio que fue cárcel durante y después de la Guerra Incivil. Primero sufrieron prisión las gentes de derechas, y al finalizar la guerra, las de izquierdas. De la Escuela Pía sacaron a varias personas de uno y otro bando para darles el último paseo; me lo contó el hijo del chófer de la Marina que tuvo la desgracia de conducir aquel siniestro vehículo.

El farmacéutico Antonio Azcon, marido de la farmacéutica Ángeles Malonda, amigos de mis padres, a los que avalaron cuando llegó la República, murió en aquella cárcel. Curiosamente fue otro farmacéutico, don Cayetano García Castelló, quien los avaló cuando llegaron los nacionales. ¡Cosas de boticarios¡

Los bajos del edificio recayentes a la calle se habían convertido en locales comerciales. Calzados Jim, un zapatero escritor y amante de los canarios. La gestoría de Vicente Juan, donde trabajaba Salvador Moragues; dos personajes elegantes vestidos siempre de punta en blanco. La pollería y huevería La Granja regentada por la señora Carmen Ros. La relojería de J. García, El Negre, fundador de la orquesta Tic-Tac. El estanco de la viuda de Vicente Gimeno, abogado, concejal y pionero de la Drova. El despacho de billetes de los autobuses la Gandiense atendido por Salvador Marco. La cafetería Montecarlo del señor Santieri, y el kiosco de Ximet donde podías encontrar todo lo imaginable.

En el interior del edificio, la planta baja estaba tan deteriorada que todavía conservaba su aspecto siniestro; en los techos parecían resonar las voces y los lamentos de quienes allí sufrieron prisión, y en las paredes podían leerse las más variadas expresiones de amor y de odio.

El rector del colegio, era el Padre Blay: una sotana negra cubierta de caspa, andar encorvado, voz de bajo profundo, pobladas cejas y unas gafas cargadas de dioptrías que resbalaban continuamente hacia la punta de la nariz. En contraposición, recuerdo la buena presencia y afabilidad del Padre Salvador Martínez al que le debo mi amor por la literatura. La humanidad del padre Antonio. La seriedad del anciano padre Crespo, que fue profesor de mi padre, y

el buen humor del padre Sanz que, el día de su santo, traía a clase un capazo para que se lo llenáramos de puros habanos. Y cómo no recordar a don Juan Revert, alma y vida de la *Schola Cantorum* y a don Juan Asins, alias Cagarnera, profesor de Formación del Espíritu Nacional. También a don Antonio Martí, gran palizador, y a don Miguel Costa, alcalde de Bellreguard, como profesor de inglés con acento de Bellreguard.

Había dos tipos de alumnos: los de Gandía y los forasteros. Los de Gandía llevábamos zapatos, delantal de mil rayas y bocadillo envuelto en el papel de seda, el mismo con que envolvían las naranjas para la exportación, impreso con polvo de oro en las timbradoras de González y Malonda. Los forasteros, venían de sus pueblos en bicicleta, usaban alpargatas o sandalias y traían la comida en una fiambrera. Para comer disponían de una sala destartalada a la derecha del patio, y he de confesar que muchas veces me hubiera gustado quedarme a probar los apetitosos guisos de aquellas fiambreras.

Seis años iba a pasar en las Escuelas Pías, oyendo misa diaria, jugando a fútbol en los tiempos del recreo; un tiempo de adolescencia con el acné juvenil y los primeros enamoramientos, en el que, como se ve en la fotografía, pasamos del pantalón corto al pantalón bombacho para terminar en el pantalón largo.

Cap. 9: VERANEO EN LA PLAYA

Playa de Gandía 1946

A últimos de junio, con la llegada de los primeros calores, finalizaba el curso y comenzaban las ansiadas vacaciones de verano. Los días en la playa eran larguísimos y transcurrían pautados por el rito del baño, la siesta, la llegada del *xambitero*, las partidas de cartas y el baile al anochecer.

En la orilla del mar, armados de cubo y pala, construíamos castillos y cogíamos cangrejos y pechinas porque, en aquel tiempo, apenas acariciabas la arena con la punta de los dedos aparecían en gran cantidad, y a mediodía solíamos comerlos con un guiso de tomate y cebollita.

Como entonces no existían cremas protectoras nos untaban con aceite de Otos, pero acabábamos siempre rojos como tomates, la piel se nos caía a tiras. Para aliviarnos nos ponían Bálsamo Bebé de la casa Bayer.

La moral obsesionaba a curas y políticos y, al comienzo del verano, en las paradas de La Marina y en varios lugares de la ciudad aparecía el Bando de Playas que estuvo vigente hasta los años 60, y decía cosas tan curiosas como estas:

"La nueva temporada de baño y la defensa de los principios de la moral cristiana, obliga a unas normas que regulen el desenvolvimiento en playas… Nuestro propio decoro exige, en defensa de la honestidad y las buenas costumbres, la adopción de las medidas que siguen.... Se prohíbe la utilización

de prendas de baño indecorosas, tales como las llamadas dos piezas y slips. Deben estar adecuadamente cubiertas las mujeres, al menos con pantalón sport o media falda, fuera del agua. Los hombres utilizarán pantalón de deporte… No estará permitido que los bañistas se desnuden en la playa fuera de las casetas cerradas. Para los baños de sol se acotarán espacios con la debida separación de sexos…"

Después de comer, durante las tardes de calor y moscas, nos obligaban a siestas interminables arrullados por el cri-cri de los grillos y croar de las ranas. La voz del *xambitero*, a las cinco en punto de la tarde, anunciando su mercancía, ponía fin a la siesta. El carrito del helado llevaba dos grandes heladoras, una para el agua de limón o la horchata, y otra para el mantecado, ambas coronadas por relucientes tapaderas metálicas. Entre los cuatro palos que sostenían el tejadillo festoneado con cristales de colores y el nombre de La Ibense, se alineaban tres o cuatro vasos y un pequeño depósito de agua para enjuagarlos. Luego, el *xambitero* los secaba con un mugriento *torcamans* que llevaba colgado al hombro. Mi amiga Pura Gregori me cuenta que ella y sus cuatro hermanos tomaban siempre el *xambit* más finito y los hijos únicos se comían el más grueso. Por su parte, el ilustre abogado Pau Pérez Rico Lord Protector del Corte Inglés, me indica que la palabra *xambit* viene del inglés *sándwich*.

A media tarde, los mayores jugaban a cartas y para combatir el calor preparaban café helado con una heladora Selma de manivela. Otros se refrescaban con las limonadas Las Dos Palmas de Roig García y compañía, o con unos deliciosos refrescos en polvo llamados *Agrisana*, fabricados por don Francisco Ferrairó con la ayuda de su incondicional César García, célebre radio aficionado local junto al pionero de las ondas hertzianas Enrique Maylin.

Las familias que no disponían de chalet alquilaban una barraca de madera de las que el señor Melo instalaba todos los veranos en mitad de la arena. Allí se llevaban comida y botijo, y pasaban el día hartándose de mar, de arena y de calor. Sin saberlo, estaban inventando el camping. Entre aquellas casetas de madera se montaban los merenderos: Toni, Fany, Ripoll, el Prunero… donde se servían paellas, pescado frito, pulpo seco, cerveza y vino con gaseosa. También alquilaban trajes de baño; porque entonces el Meyba, que acababa de nacer, era un artículo de lujo.

Al anochecer, los pequeños veíamos con envidia a los veinteañeros bailar haciendo caritas alrededor de una gramola de manivela con discos *La Voz de su Amo* que alquilaban en casa Emilio Boix. Poco a poco, la noche sensual, tropical, se hacía cómplice con las voces de Los Panchos, y las parejas se ponían cachondas a ritmo de bolero.

Los domingos, desde primeras horas, llegaban hasta la orilla del mar caravanas de carros procedentes de los pueblos vecinos y, mientras los caballos dejaban sus boñigas en la arena, hombres, mujeres y niños se bañaban en calzoncillos y sayas. Luego, a la sombra del carro, comían lomo con tomate y dejaban al marcharse una estela verdirroja de cortezas de sandía.

borja@jmborja.com

Cap. 10: LOS VERANEANTES DE ALCOY

Festividad de la Virgen del Carmen en los tinglados del puerto

A mediados de la década de los 40, los alcoyanos venían a tomar baños de mar a nuestra playa en el tren que los ingleses inauguraron en 1892. Llegaba coronado por su penacho de humo con gran lujo de pitidos, silbidos y chirriar de hierros. Tenía su primera parada en el paseo de las Germanías y, viendo su aspecto, comprendías que aquel trenecito esmirriado no pudo inspirar a Campoamor su poesía *El Tren Expreso;* todo lo más, unos versos para una falla, como aquellos de Pepe LLoret que decían:

Desde Gandía a Alcoy hi ha un tren que vola
i per aixo li diuen la panderola.

No tenía tampoco el lujo de los grandes expresos europeos, ni se podían vivir en el las intrigas y asesinatos del Orient Expres. Por la máquina, que lucía la leyenda “Manchester 1835”, podría haberse escapado de la película inglesa *Historia de un Pequeño Tren,* pero más mugrienta y maloliente, conducida por maquinistas grasientos y tiznados con la carbonilla de la posguerra metida en los ojos.

Era un espectáculo ver aquel tren atestado de familias proletarias que, empujadas por el calor sofocante de las tierras de secano, llegaban en busca

del yodo y el frescor de aires marinos. Los hombres vestían mono azul, camiseta de sport y gorra de visera. Las mujeres y las niñas un pichi de cretona tejida en el mismo Alcoy, de colores indefinidos que igual podían servir para una cortina, una mesa camilla o un traje dominguero. A los niños les habían cortado las mangas y las perneras del traje de marinerito de la Primera Comunión, y venía cargados con cañas de pescar, salabre, cubo y pala para vivir la aventura del verano, incluso alguno traía también una fitora de afilada punta para cazar los enormes *carrancs peluts* que abundaban en la escollera norte.

La pasada semana Ana María Sánchez Aranda me recordaba aquellos escarabajos peloteros que recorrían la arena fabricando enormes bolas parecidas al esparto. Su imagen me trae a la memoria el desgraciado suceso de un niño alcoyano de apenas un año que siguiendo a gatas a uno de aquellos escarabajos se perdió en la playa. Al día siguiente sus padres lo encontraron muerto con la cabecita dentro de una de aquellas grandes boñigas.

Mientras, la clase obrera de Alcoy, en vez de ir al paraíso como en la película de Elio Petri, venía a la playa viajando en la panderola, los ricos propietarios de las empresas alcoyanas del textil, la metalurgia, el papel de fumar Bambú, las peladillas y las aceitunas rellenas *El Serpis* y *La Española*, llegaban en sus lujosos Hispanos Suiza, Chevrolets, Studebaker… a sus magníficos chalets en la avenida de la Paz. Tan pronto ponían pie en tierra, los caballeros cambiaban su atuendo por unas ostentosas chaquetas de pijama adornadas con mucha pasamanería en las solapas y en la bocamanga, como la de los oficiales del Imperio Austrohúngaro. Las señoras, en el colmo de la modernidad, lucían enormes pamelas y vestidos vaporosos, parecían salidas de una portada de Blanco y Negro pintada por Penagos. Todavía hoy vive en nuestra playa una alcoyana famosa, Rosa Orquín, célebre actriz de teatro que tantos días de gloria dio a la radio y al teatro local.

Todos los domingos, don Jesús, el párroco del Grao celebraba misa en los tinglados del puerto y algunos pescadores ofrecían a los veraneantes, por el módico precio de dos reales, el transporte en sus pequeñas barcas de remo para atravesar el puerto. El día de la Virgen del Carmen la misa la ayudaban dos reclutas de marina que hacían la mili en la comandancia. Asistía el abad

don José Solá López en su silla de ruedas, el alcalde y jefe local del movimiento Hibernon Gregori con su uniforme de falangista valeroso, el comandante de marina Manuel Bilbao, el capitán de la guardia civil Pedro López Conde, padre de mi amiga Loli, el administrador de la aduana José María Blanch Iruretagoyena y los consignatarios Miguel Boronat, Julio Monzó, José Román y mi joven amigo Ricardo Martínez en representación de la compañía inglesa Mac Andrews .Ese día tan especial los alcoyanos ricos vestidos de moros y cristianos alquilaban la barca de pesca del Polit para cruzar el puerto y al finalizar la misa lanzaban peladillas a los niños. Más tarde, en compañía de algunos falleros desfilaban con sus trabucos por el muelle haciendo un alarde de pólvora.

borja@jmborja.com

Cap. 11: EL FUMADERO DE OPIO

Creo que fue el día de difuntos de 1947, seis meses después del Congreso Eucarístico Arciprestal, y tres meses más tarde de la muerte de Manolete, cuando al leer en la enciclopedia Espasa-Calpe el fenómeno de los fuegos fatuos, decidí acercarme al viejo cementerio para comprobar aquel extraño misterio del mundo de los muertos. Convencí a Pepito Canet, Alberto Muñoz y Pepe Camps; todavía de pantalón corto pero siempre dispuestos a la aventura, y decidimos ir al cementerio. Fuimos por la calle Plus Ultra con la intención de pasar por delante de casa de la Cari para ver a alguna de sus pupilas en paños menores. No tuvimos suerte y seguimos por delante de la fábrica Nogueroles envuelta en un delicioso olor a chocolate. Antes de entrar en Beniopa, tomamos el camino de la derecha junto al barranco y llegamos frente a la tapia del antiguo cementerio con su enorme ciprés en la puerta. Confieso que sentíamos miedo pero procurábamos disimularlo. Pepito Canet llevaba un

cuchillo de cocina que le había robado a su madre y quiso tranquilizarnos. *No vos preocupeu. Si eix un mort jo m´ho carregue amb el ganivet. –Però com vas a carregart-t´ho si ja està mort?-* preguntó Camps. Y Muñoz, nervioso, le contestó: *Tu calla que Canet farà el que haja de fer*.

La puerta del camposanto se caía de vieja y no fue difícil abrirla. Mientras esperábamos que aparecieran los fuegos fatuos, nos fijamos en dos curiosas lápidas fechadas en 1840 cuyos nombres, Zhang Lindong y Liu Yi, nos hicieron sonreír. -*Havien de ser xinesos*- comentó Canet.-*Serien del teatre xino de Manolita Chen*.- apuntó Muñoz. -*No digues bobades i calleu*- pidió Camps.

Guardamos silencio, pero los fuegos fatuos no aparecían por ninguna parte. De pronto, Canet tomó una piedra y dando tres golpes sobre una de las lápidas gritó:- *Calces blanques, calces negres, en jugue un duro que no m´alcances.* Justo en aquel momento aparecieron los fuegos fatuos. Salimos corriendo muertos de miedo y no paramos hasta llegar a Gandia.

Poco tiempo después de la visita al cementerio hubo una gran riada que tras derribar los muros se llevó hasta el mar ataúdes y cadáveres, haciendo realidad aquellos versos de Jorge Manrique que decían: “Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir: allí van los señoríos, derechos a se acabar y consumir; allí los ríos caudales, allí los otros medianos y más chicos; y llegados, son iguales”.

Han pasado 70 años desde que la aventura del cementerio y, hoy, gracias a Suso Monrabal que se mueve como pez en el agua por los archivos municipales, he podido reconstruir la historia de Zhang Lindong y Liu Yi, cuyas lápidas vimos la noche de los fuegos fatuos. En 1838 llegaron a Gandia y abrieron en la calle Mayor, esquina a Salelles, un bazar llamado La Gran Muralla y en el piso superior de la tienda instalaron un fumadero de opio donde practicaban también los juegos sexuales de la cultura oriental. Muy pronto las gentes más ricas de la ciudad acudieron para disfrutar un mundo de placeres desconocidos en estas latitudes. Dos años duró el opio que la pareja trajo de China y, viendo que los clientes no quedaban satisfechos solo con el sexo, decidieron poner pies en polvorosa y abandonar la ciudad. Pero aquella misma noche, dos de los clientes habituales llegaron al fumadero y, al saber que ya no les quedaba opio, montaron en cólera y, enloquecidos, se pusieron a registrar la casa.

Al día siguiente, cuando los comerciantes de la calle mayor abrieron sus tiendas vieron que las puertas del bazar La Gran Muralla permanecían cerradas y al levantar la vista contemplaron horrorizados que del balcón del piso superior del bazar colgaban los cuerpos de la pareja de chinos vestidos con sus trajes de gala. El señor Bernabeu que tenía su tienda frente al bazar comentó admirado: - *No pensava jo que els xinesos tingueren la llengua tan llarga.*

En el informe policial que Suso Monrabal encontró en los archivos municipales figura todo el ritual sadomasoquista que la pareja administraba a sus clientes. Confieso que es francamente alucinante y, pensando que podría herir la sensibilidad de muchos lectores he decidido no publicarlo. No obstante, si algún lector está interesado en conocerlo puede solicitarlo en el archivo municipal.

borja@jmborja.com